

BERTOLT BRECHT

HABLAR EN TIEMPOS OSCUROS

(Antología)

© Bertolt Brecht

Ésta es una publicación de la Fundación Rosa Luxemburg Stiftung
y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.
Ilustración de portada cortesía de Argel Gómez.

PRÓLOGO

Bertolt Brecht (1898–1956), uno de los más grandes poetas, narradores y dramaturgos del siglo XX dijo de sí mismo: “Sólo pude hacer poco. Pero los gobernantes estaban más seguros sin mí, es lo que yo esperaba”. La frase es un afilado resumen de una vida en la que la palabra, sus palabras, fueron un lúcido y bello combate contra el fascismo. Pero no escribió para el poder, a lo largo de una vida de exilios que lo llevó de Alemania, Dinamarca, Suecia, Finlandia, la URSS, Suiza, Estados Unidos y la República Democrática Alemana, escribió para los hombres que lo combatían, que resistían.

En *Hombres en Tiempos Oscuros*, Hannah Arendt destaca que Bertolt Brecht perteneció al conjunto de personas que habiendo nacido entre 1890 y 1920 sufrieron la segunda guerra mundial, ya sea, “como soldados o refugiados y exiliados, como miembros de los movimientos de resistencia, o como compañeros de campos de concentración o de exterminio, o como civiles, bajo una lluvia de bombas, supervivientes en las ciudades...”

Tres generaciones que les tocó vivir el mundo “en las trincheras y campos de batalla de la primera guerra mundial” sintiendo que se habían convertido en inadaptados para una vida normal, “la impresionante inflación, desempleo masivo, y agitación revolucionaria, la inestabilidad de lo que quedó intacto en Europa después de cuatro años de matanzas”, “los campos de concentración nazis, la Guerra Civil Española, o los juicios en Moscú...”

Sophie Brezing, luterana, desposada con el católico Berthold Brecht, dará a luz a su hijo en la ciudad de Augsburgo el 10 de febrero de 1898. Así pues, Berthold Eugen Friedrich Brecht vivirá en esos “tiempos oscuros”. Atisbamos su vida cada diez años.

En 1908, ese “niño sensitivo y taciturno, que de manera sosegada y negativa era inconforme y rebelde” tratando de olvidar los cuatro aburridísimos años de educación primaria, y aunque seguiría en aquel adormilado lugar provincial que lo vio nacer, entra esperanzado en el primero de los nueve años de educación secundaria y preparatoria, que los alemanes llaman *Realgymnasium*.

Será una taberna muy de moda en el Munich de 1918 la que Bert Brecht escoja para organizar un homenaje a Frank Wedekind, gran rebelde dramaturgo alemán. Dado que Brecht estudió dos años medicina en la Universidad de Munich, fue llamado para prestar su servicio militar en un hospital en Augsburgo. Escribe su primera obra: *Baal*, no la muestra a nadie. También escribe *Espartaco* para ganar algo de dinero; más tarde esta magnífica obra se llamará *Tambores en la noche*. Al terminar la guerra vuelve a Munich para estudiar. Se adhiere al Partido Socialdemócrata Independiente.

Es a los veinticuatro años de edad que, jugando con las letras y la fonética de su nombre propio, Berthold, se convierte en Bertolt. Su amigo Arnolt Bronnen después contaría que en 1922 fue su primer contacto con Bert Brecht: “...De una de las habitaciones pude escuchar música de guitarra... Entonces, vi al cantante, un hombre joven emancipado... con lentes montados en acero y cabello negro

desordenado que le caía sobre su frente... Quedé como bajo un hechizo... de pronto confrontado con el hombre en toda la riqueza de su ser...”

El 5 de enero de 1928 se estrena *El hombre iguala al hombre* en la *Volksbühne* de Berlín. Dieciocho días después será la primera noche de *Schweik*, adaptada por tres dramaturgos, entre ellos Brecht. Para el 31 de agosto se estrenará *La ópera de tres peniques*, en el Teatro *Schiffbauerdamm*. Brecht, a los treinta años, es uno de los autores teatrales más importantes de Europa, y cuenta ya con su propia compañía de teatro. Se casa con la famosa actriz Helene Weigel. En diciembre le entregan el primer premio *Berliner Illustrierte* por el cuento corto *La Bestia*. La llegada del nazismo al poder en Alemania, coloca a Brecht en una situación muy difícil. En 1933 la policía interrumpe la puesta en escena de *La toma de medidas* y los productores son acusados de alta traición. Un día después del incendio del *Reichstag* Bertolt y Helene huyen al exilio, estableciéndose en Dinamarca. En mayo del 33 sus libros son quemados en hogueras públicas en toda Alemania.

Hans Mayer en *Recuerdos de Brecht* dice del que sería su amigo gran parte de su vida y hasta su muerte: “La verdadera confrontación entre Brecht (siendo miembro del PC Alemán desde 1929) y el comunismo staliniano se produjo en París, en junio de 1935, fecha en que se celebró allí un congreso para la ‘defensa de la cultura’ y contra el fascismo. Asistieron los intelectuales más brillantes de la izquierda europea: Heinrich Mann, H. G. Wells, André Gide, Henri Barbusse, (el autor de *El Fuego*), André Malraux (que era muy conocido por sus novelas políticas *Los Conquistado-*

res y *La Condición humana*), Ernst Bloch, Walter Benjamin (el más importante crítico literario y ensayista del momento), Robert Musil y Bertolt Brecht...[quien] estableció, como siempre, una neta diferencia entre el dominio y la servidumbre, apoyando siempre al socialismo: El capitalismo no está casado con la democracia sino con el lucro”.

Brecht empieza a escribir *Terror y miseria del tercer Reich* en 1935, para montar la primera representación tres años más tarde.

Se exilia en Suecia, Finlandia, y finalmente en la URSS, para de ahí viajar a California. Son los años de creación de sus obras teatrales más importantes: *Galileo*, *Madre coraje* y *El alma buena de Sicuani*, en Hollywood, tras intentar escribir para el cine pero el clima paranoico de guerra fría instaurado en la era de Joseph McCarthy ocasiona el regreso de Brecht a Suiza después de seis años en Estados Unidos, al día siguiente de ser interrogado y acusado por el Comité de Actividades Antinorteamericanas a finales de octubre de 1947.

Tres años después de la Segunda Guerra Mundial, en 1948, viviendo cerca de Zurich estrecha ligas con Max Frisch, escritor a quien había conocido un año antes. El 5 de junio es la noche de estreno, —siete años después de escrita—, de *Señor Puntila y su criado Matti*, en Zurich. Las autoridades de ocupación le niegan una visa de tránsito por la Alemania oriental. Obtiene un pasaporte checo, y el 22 de octubre llega a Berlín oriental, vía Praga, para preparar la producción de *Madre coraje y sus hijos* en el Teatro *Deutsches*, la cual había sido escrita en 1939. Escribe en prosa narrativa y en

verso *Historias de calendario*, y el ensayo *El pequeño Organon*. Empieza a escribir *Los días de la comuna*.

Bertolt Brecht no llegará a los sesenta años de edad. En enero de 1956, con una precaria salud, interviene en el IV Congreso de Escritores Alemanes. Atacado por la gripe es hospitalizado. El 4 de julio dirige una carta al *Bundestag* de Bonn contra el rearme alemán. El 10 de agosto, pese a su debilidad, asiste a un ensayo de *Galileo*. Muere de trombosis coronaria el 14 de agosto. Tres días más tarde es inhumado cerca de Hegel, en *Dorothenen Fiedhof*, a donde daba la ventana de su cuarto de trabajo.

Un año antes, el 26 de mayo de 1955, había recibido el Premio Stalin a la Paz, en Moscú. En junio su compañía teatral, Conjunto berlinés, presenta *El círculo de gis caucásico* en el Festival Internacional de París.

Martin Esslin dice: “fue un comunista y también un gran poeta. Pero mientras que al occidente le gusta su poesía y desconfiaba de su comunismo, los comunistas [oficiales] explotaban sus convicciones políticas mientras que consideraban sus ánimos y logros artísticos con sospecha...”

Algunos adolescentes mexicanos, a principios de los sesenta, leíamos poesía a escondidas, al enfrentarnos con “...y los hay que luchan toda la vida/esos son los indispensables”. La emoción inmensa había que compartirla.

Me imagino que Bertolt Brecht mismo no se incluía entre “...los indispensables”. Más aún, en su vida las odas a Stalin fueron “la excepción”, y su magnífica obra antiautoritaria fue “la regla”.

Santi Flores Deache

A LOS QUE VENDRÁN

(Fragmento del libro *Las visiones y los tiempos oscuros.*)

Llegué a las ciudades en tiempos de desorden
cuando el hambre reinaba en ellas.
Llegué con los hombres, en tiempos agitados,
y me rebelé junto con ellos. Así pasó el tiempo
que me fue concedido sobre la tierra.

Comí entre las batallas,
a la hora de dormir me acosté entre asesinos,
hice el amor sin gran cuidado
y contemplé a la naturaleza sin paciencia.
Así pasó el tiempo
que me fue concedido sobre la tierra.

En mis tiempos, todos los caminos llevaban al
pantano.

Mi lengua me entregó a los carniceros,
qué podía yo hacer. Pero los poderosos
se sentían más seguros sin mí; ésa era mi esperanza.
Así pasó el tiempo
que me fue concedido sobre la tierra.
Nuestras fuerzas eran escasas. Nuestra meta

estaba todavía muy lejos
pero a la vista, aunque para mí
resultara inalcanzable
así pasó el tiempo
que me fue concedido sobre la tierra.

CAMBIO DE RUEDA

Estoy sentado al borde de la carretera,
el chofer cambia la rueda.
No me gusta el lugar de donde vengo
no me gusta el lugar a donde voy.
¿Por qué miro el cambio de rueda
con impaciencia?

MUERTE DE UNA MUJER PIADOSA

La hermana de mi abuela era muy piadosa. Tenía una renta anual de cuatrocientas coronas y una habitación en casa de su hermana, mi abuela. Entregaba a esta todo su dinero y de ese dinero se compraba lo que ella necesitaba. Además ganaba una suma adicional tejiendo medias, a 25 ores el par. Esa ganancia la destinaba a los pobres. Nunca usaba joyas, ni siquiera un broche. Usó el mismo vestido durante treinta años. En la segunda mitad de su vida aprendió, sin profesores, griego y latín; pero aun así continuó viviendo con sólo dos libros: una biblia y un pequeño catecismo. Llegó a los 85 años, pero su lucha contra la muerte duró tres días enteros. En su delirio hablaba mucho de Napoleón, a quien había admirado en su juventud. Además, continuamente intentaba rezar, pero había olvidado las palabras del Padrenuestro. Eso la hacía sufrir mucho. Aquella muerte terminó con el resto de mi fe en Dios.

LA LITERATURA SERÁ SOMETIDA A ESCRUTINIO

Para Martin Andersen-Nexo

Aquellos que han sido colocados en tronos dorados
para escribir
tendrán que responder por aquellos que
tejieron sus abrigos.

No por sus elevados pensamientos
serán sus libros sometidos a escrutinio, sino que
cualquier frase común y corriente que sugiera
algo acerca de aquellos que tejían abrigos
será leída con atención, pues quizás contenga
rasgos
de ancestros famosos.

Literaturas enteras
ajustadas a las más selectas expresiones
serán examinadas en busca de señales
de que los revolucionarios también vivieron bajo
opresión.

Las súplicas a los seres inmortales probarán
que en ese entonces los mortales sojuzgaban a
otros mortales.

La deliciosa música de las palabras sólo hablará
del pan que les faltaba a tantos.

LA PIADOSA CRUZ ROJA

Cuando comenzó la guerra se necesitó mucho personal sanitario de sexo femenino. Las voluntarias eran sometidas a una única prueba. Se les preguntaba si preferían ser personal de jerarquía o enfermeras comunes. A aquellas que preferían ser personal de jerarquía se las llevaba a una habitación y allí se les informaba que no se las necesitaba, porque no se necesitaba personal de jerarquía. Todas las demás voluntarias ingresaban. Entre ellas había muchas muchachas de la calle; su comercio dejaba poca ganancia en esos días. Las enfermeras no eran buenas desde el comienzo; durante mucho tiempo, las supervisoras debían levantarse varias veces por noche para cerciorarse de que el personal nuevo no se había dormido.

Cuando la guerra terminó, ya no se necesitaron los servicios de esas mujeres y se las devolvió a la calle. Para eso no se las sometió a ninguna prueba.

EL MANTO DEL HEREJE

Giordano Bruno, el hombre de Nola al que las autoridades de la Inquisición romana condenaron el año 1600, a morir en la hoguera por herejía, es universalmente considerado un gran hombre, no sólo por sus audaces —y luego comprobadas— hipótesis sobre los movimientos de los astros, sino también por su valerosa actitud frente a la Inquisición, a la que dijo: «Pronunciáis vuestra sentencia contra mí quizá con más temor del que yo siento al escucharla». Cuando leemos sus escritos y encima echamos una ojeada a los informes sobre su actuación pública, sentimos que en verdad no nos falta nada para calificarlo de gran hombre. Y, sin embargo, hay una historia que acaso pueda aumentar todavía más nuestro respeto por él.

Es la historia de su manto.

Antes hay que saber cómo cayó en las manos de la Inquisición.

Un patricio veneciano, un tal Mocenigo, invitó al sabio a pasar una temporada en su casa para que lo instruyera en los secretos de la física y la mnemotecnia. Le brindó hospitalidad durante varios meses y obtuvo, a cambio, la instrucción acordada. Pero en vez de las clases de magia negra que él había esperado recibió tan sólo las de física. Quedó muy descontento porque éstas no le servían para nada. Los gastos que le ocasionara su huésped empezaron a pesarle,

Hablar en tiempos oscuros y repetidas veces lo exhortó seriamente a que le revelara los conocimientos secretos y lucrativos que un hombre tan famoso debía de poseer, sin duda alguna; al no conseguir nada de esta forma, lo denunció por carta a la Inquisición. Escribió que aquel hombre perverso y malagradecido había hablado mal de Cristo en su presencia, diciendo que los monjes eran asnos que stupidizaban al pueblo y afirmando asimismo, en contra de lo que decía la Biblia, que había no sólo uno, sino innumerables soles, etc. etc. Por consiguiente, él, Mocenigo, lo había encerrado en su desván y rogaba que enviasen pronto funcionarios a buscarlo.

Los funcionarios se presentaron un lunes, muy de madrugada, y se llevaron al sabio a las mazmorras de la Inquisición.

Aquello sucedió el lunes 25 de mayo de 1592, a las tres de la mañana, y desde entonces hasta el día en que subió a la hoguera, el 17 de febrero de 1600, el nolano no volvió a abandonar las mazmorras.

Durante los ocho años que duró el terrible proceso, Bruno luchó sin descanso por su vida, pero el combate que libró en Venecia, el primer año, contra su traslado a Roma fue, quizá, el más desesperado.

En aquel período se sitúa la historia del manto.

En el invierno de 1592, cuando aún vivía en un albergue, se había mandado hacer un grueso manto a medida, por un sastre llamado Gabriele Zunto. En el momento de su detención aún no había pagado la prenda.

Al enterarse del arresto, el sastre se precipitó a casa del señor Mocenigo en las proximidades de San Samuele para presentar su factura. Era demasiado tarde. Un criado

Bertolt Brecht

del señor Mocenigo le señaló la puerta. «Ya hemos gastado más que suficiente en ese impostor», gritó tan alto en el umbral que algunos transeúntes volvieron la cabeza. «Mejor diríjase al Tribunal del Santo Oficio y dígales que tiene tratos con ese hereje.»

El sastre se quedó paralizado de temor en plena calle. Un grupo de golfillos lo había oído todo, y uno de ellos, un chiquilín harapiento y cubierto de granos, le lanzó una piedra. Ciertamente es que una mujer pobremente vestida se asomó por un portal y asestó una bofetada al pillastre, pero Zunto, un hombre viejo, sintió claramente que era peligroso ser alguien que «tuviera tratos con ese hereje». Echó a correr mirando alrededor medrosamente y volvió a su casa dando un largo rodeo. A su mujer nada le contó de su infortunio, y durante una semana ella no supo explicarse las razones de su abatimiento.

Pero el 1 de junio, mientras hacía cuentas, descubrió que un manto no había sido pagado por un cliente cuyo nombre estaba en boca de todo el mundo, pues el nolano era la comidilla de la ciudad. Corrían los rumores más terribles sobre su perversidad. No sólo había echado pestes contra el matrimonio, tanto en libros como en conversaciones, sino que había tratado de charlatán al mismo Cristo y afirmado las cosas más desquiciadas sobre el Sol. No era, pues, nada extraño que no hubiera pagado su manto. Y la buena mujer no tenía la menor intención de resignarse a esa pérdida. Tras una violenta discusión con su marido, la septuagenaria, vestida con sus mejores galas, se dirigió a la sede del Santo Oficio y reclamó, con cara de malas pulgas, los treinta y dos escudos que le debía el hereje allí encarcelado.

El funcionario con el que habló tomó nota de su petición y le prometió ocuparse del asunto.

Zunto no tardó en recibir una citación, y, temblando como un azogado, se presentó en el temido edificio. Para su gran sorpresa, no fue interrogado, sino solamente informado de que su petición sería tenida en cuenta cuando se examinaran los asuntos financieros del detenido. De todas formas, el funcionario le insinuó que no se hiciera muchas ilusiones.

El anciano quedó tan contento de salir bien librado por tan poco, que le agradeció humildemente. Pero su mujer no estaba nada satisfecha. Para compensar esa pérdida no le bastaba con que su marido renunciara a su copa vespertina y siguiera cosiendo hasta muy entrada la noche. Con el pañero habían contraído deudas que no podían eludir. Se puso a chillar en la cocina y en el patio, que era una vergüenza encerrar a un delincuente antes de que hubiera pagado sus deudas. Si fuera necesario —añadió—, iría a ver al Santo Padre en Roma para recuperar sus treinta y dos escudos. «En la hoguera no necesitará ningún manto», gritó.

Contó a su confesor lo que les había pasado. Éste le aconsejó pedir que al menos les devolvieran el manto. Viendo en ello el reconocimiento, por parte de una instancia eclesiástica, de que su reivindicación era legítima, la mujer declaró que no se contentaría con el manto, que sin duda ya habría sido usado y, además, estaba hecho a medida. Le hacía falta el dinero. Y como alzara un poco la voz llevada por su fervor, el sacerdote la echó fuera.

Esto la hizo entrar un poco en razón y la mantuvo tranquila unas semanas. Del edificio de la Inquisición no

Bertolt Brecht

trascendió nada nuevo sobre el caso del hereje encarcelado. Pero en todas partes se rumoreaba que los interrogatorios iban sacando a luz monstruosas infamias. La vieja oía ávidamente todo aquel chismorreó. La atormentaba oír que el asunto del hereje tuviera todas las de perder. Aquel hombre jamás sería liberado ni podría pagar sus deudas. La mujer dejó de dormir por las noches, y en agosto, cuando el calor acabó de arruinar sus nervios, empezó a ventilar su queja a chorretadas en las tiendas donde compraba y ante los clientes que iban a probarse ropa. Insinuaba que los monjes cometían un pecado al despachar con tanta indiferencia las justas reclamaciones de un pequeño artesano. Los impuestos eran opresivos, y el pan acababa de subir nuevamente.

Una mañana, un funcionario se la llevó a la sede del Santo Oficio, donde la conminaron enérgicamente a poner fin a su malévoló cotilleo. Le preguntaron si no le daba vergüenza comadrear sobre un proceso religioso tan serio por unos cuantos escudos. Le dieron a entender que disponían de toda suerte de medios contra la gente de su calaña. Esto surtió efecto un tiempo, aunque cada vez que pensaba en la frase «por unos cuantos escudos», pronunciada por aquel fraile rechoncho, enrojecía de ira.

Hasta que en septiembre se rumoreó que el Gran Inquisidor de Roma había pedido el traslado del nolano. El asunto se estaba debatiendo en la Signoria.

La ciudadanía discutió acaloradamente esta petición de traslado, y la opinión era, en general, contraria. Los gremios no querían aceptar ningún tribunal romano por encima de ellos.

La vieja estaba fuera de sí. ¿Dejarían ahora que el hereje fuera trasladado a Roma sin haber saldado antes sus deudas? Aquello era el colmo. No bien hubo oído la increíble noticia cuando, sin molestarse siquiera en ponerse un vestido mejor, se precipitó a la sede del Santo Oficio.

Esta vez la recibió un funcionario de mayor rango que, curiosamente, fue mucho más complaciente con ella que los anteriores. Era casi de su misma edad y escuchó sus quejas tranquila y atentamente. Cuando terminó, él le preguntó, tras una breve pausa, si deseaba hablar con Bruno.

En seguida dijo que sí. Y fijaron una entrevista para el día siguiente.

Aquella mañana, un hombrecillo enjuto, con una oscura barba rala, la abordó en un cuartucho minúsculo con ventanas enrejadas y le preguntó, cortésmente, qué deseaba.

Ella lo había visto cuando él fue a probarse el manto y recordaba bien su cara, pero esta vez no lo reconoció de inmediato. La tensión de los interrogatorios debía de haberle provocado un cambio.

La mujer dijo precipitadamente:

—El manto. No llegó a pagarlo.

El la miró asombrado unos segundos. Cuando por fin se acordó, le preguntó en voz baja:

—¿Cuánto le debo?

—Treinta y dos escudos —dijo ella. Le enviamos la cuenta.

Él se volvió hacia el funcionario alto y grueso que vigilaba la entrevista y le preguntó si sabía cuánto dinero se había depositado en la sede del Santo Oficio junto con sus

demás pertenencias. El hombre lo ignoraba, pero prometió averiguarlo.

—¿Cómo está su esposo? —preguntó el prisionero volviéndose otra vez hacia la vieja, como si el asunto estuviera prácticamente zanjado, se hubieran establecido relaciones normales y aquello fuera una visita habitual.

Y la mujer, desconcertada por la amabilidad del hombrecillo, murmuró que estaba bien y hasta añadió algo sobre su reuma.

Sólo al cabo de dos días regresó a la sede del Santo Oficio, pues juzgó de buen tono darle tiempo al caballero para que efectuase sus pesquisas.

Y volvió a obtener permiso para hablar con él. Tuvo que esperar más de una hora en el cuartucho de las ventanas enrejadas, pues estaban interrogando al prisionero.

Por fin apareció éste con aire muy agotado. Como no había sillas, se apoyó ligeramente contra la pared. Pero fue en seguida al grano.

Con voz muy débil le dijo que, por desgracia, no estaba en condiciones de pagarle el manto. Entre sus pertenencias no había encontrado dinero en efectivo. Pero tampoco se trataba de perder las esperanzas, añadió. Le había dado vueltas al asunto y creía recordar que un hombre que había editado libros suyos en la ciudad de Frankfurt aún le debía dinero. Le escribiría, si allí se lo permitían. Al día siguiente solicitaría el permiso. Durante el interrogatorio de aquel día había tenido la impresión de que el ambiente no era particularmente favorable, por lo que había preferido no preguntar para no echarlo todo a perder.

La vieja lo escrutaba con sus penetrantes ojos mientras él iba hablando. Conocía los subterfugios y vanas pro-

Hablar en tiempos oscuros mesas de los deudores morosos. Sus obligaciones les importaban un rábano, y cuando se veían acorralados, fingían estar moviendo cielo y tierra.

—¿Para qué necesitaba entonces un manto si no tenía dinero con qué pagarlo? —preguntó con dureza.

El prisionero hizo un gesto con la cabeza para demostrarle que seguía su razonamiento. Y respondió:

—Siempre he ganado dinero con mis libros y mis clases. Por eso pensé que también ahora ganaría algo. Y creí necesitar el manto porque pensaba que aún seguiría rodando por el mundo.

Dijo esto sin la menor amargura, como si sólo hubiera querido no dejar a la anciana sin respuesta.

La vieja volvió a examinarlo de pies a cabeza, furibunda, pero a la vez con la sensación de que no llegaría a comprenderlo, y, sin añadir una sola palabra, dio media vuelta y salió precipitadamente del cuartucho.

—¿Quién se atrevería a enviar dinero a un hombre procesado por la Inquisición? —le espetó indignada a su marido aquella misma noche, en la cama. A él ya no le inquietaba la postura de las autoridades eclesiásticas sobre su persona, pero seguía desaprobando los infatigables intentos de su mujer por conseguir el dinero.

—Ahora tiene cosas más importantes en qué pensar —rezongó.

Ella no dijo nada.

Los meses siguientes transcurrieron sin que aconteciera nada nuevo en relación con el penoso asunto. A principios de enero se rumoreó que la Signoria estaba estudiando la posibilidad de acceder al deseo del Papa y en-

tregar al hereje. Y los Zunto recibieron una nueva citación en la sede del Santo Oficio.

No se especificaba ninguna hora concreta, y la señora Zunto se apersonó una tarde. Llegó en un mal momento. El prisionero esperaba la visita del procurador de la República, de quien la Signoria había solicitado un dictamen sobre el asunto del traslado. La señora fue recibida por el funcionario de alto rango que tiempo atrás le consiguiera la primera entrevista con el nolano; el viejo le dijo que el prisionero había manifestado su deseo de hablar con ella, pero la invitó a que considerara si aquél era el momento adecuado, ya que el prisionero estaba pendiente de una entrevista sumamente importante para él.

Ella dijo que lo mejor sería preguntárselo.

Un funcionario salió y volvió al poco rato con el nolano. La entrevista tuvo lugar en presencia del funcionario de alto rango. Antes de que el prisionero, que sonrió a la señora desde el umbral, pudiera decir algo, la anciana le espetó:

—¿Por qué se comporta usted así si quiere seguir rodando por el mundo?

El hombrecillo pareció desconcertarse unos instantes. Había respondido a muchísimas preguntas aquellos tres meses y casi no recordaba el final de la última entrevista que tuviera con la mujer del sastre.

—No me ha llegado el dinero —dijo por último—; he escrito dos veces pidiéndolo, pero no me ha llegado. He estado pensando que tal vez os interesaría recuperar el manto.

—Ya sabía yo que llegaríamos a esto —replicó ella en tono despectivo. Está hecho a medida y es demasiado pequeño para la gran mayoría.

El nolano miró a la anciana con aire atormentado.

—No había pensado en esto —dijo volviéndose hacia el monje. ¿No se podrían vender todas mis pertenencias y darle el dinero a esta gente?

—Me temo que no será posible —terció el funcionario que lo había acompañado, el alto y grueso. El señor Mocenigo las reclama. Usted ha vivido largo tiempo a costa suya.

—Fue él quien me invitó —replicó el nolano con voz cansina.

El anciano levantó la mano.

—Eso aquí no viene a cuento. Pienso que hay que devolver el manto.

—¿Y qué haremos nosotros con él? —dijo la vieja obstinadamente.

El anciano se ruborizó ligeramente. Luego dijo con voz pausada.

—Querida señora, no le vendría mal un poco de caridad cristiana. El acusado está pendiente de una entrevista que puede ser de vida o muerte para él. No puede usted pedir que se interese únicamente por su manto.

La vieja lo miró insegura. De pronto recordó dónde estaba y se preguntó si no haría mejor en irse, cuando oyó que, a sus espaldas, el prisionero decía en voz baja:

—En mi opinión tiene derecho a protestar.

Y cuando la vieja se volvió hacia él, añadió.

—Le ruego que disculpe todo esto. No vaya a pensar que su pérdida me resulta indiferente. Elevaré una instancia al respecto.

El funcionario alto y grueso había abandonado el cuarto a una señal del anciano. En aquel momento regresó y, abriendo los brazos, dijo:

—El manto no nos ha sido entregado. Mocenigo se habrá quedado con él.

El nolano se asustó visiblemente. Luego dijo con firmeza:

—No es justo. Me querellaré contra él. El anciano movió la cabeza.

—Mejor preocúpese de la conversación que habrá de mantener dentro de unos minutos. No puedo permitir que aquí se siga discutiendo por unos cuantos escudos.

A la vieja se le subió la sangre a la cabeza. Había guardado silencio mientras hablaba el nolano, mirando, enfurruñada, uno de los rincones de la habitación. Pero en ese momento se le agotó la paciencia:

—¡Unos cuantos escudos! —exclamó. ¡Es la ganancia de todo un mes! Para usted es muy fácil practicar la caridad. ¡No pierde nada!

En aquel instante se acercó a la puerta un monje muy alto.

—Ha llegado el procurador —dijo a media voz—, mirando con sorpresa a la vieja chillona.

El funcionario alto y grueso cogió al nolano por la manga y lo condujo fuera. El prisionero se volvió a mirar a la mujer hasta que cruzó el umbral. Su enjuto rostro estaba muy pálido.

La vieja bajó las escaleras de piedra del edificio un tanto conturbada. No sabía qué pensar. Después de todo, el hombre había hecho cuanto estaba a su alcance.

No quiso entrar en el taller cuando, una semana más tarde, el funcionario alto y grueso les trajo el manto.

Pero pegó la oreja a la puerta y le oyó decir:

Hablar en tiempos oscuros

—Lo cierto es que pasó estos últimos días muy preocupado por el manto. Presentó una instancia dos veces, entre interrogatorios y entrevistas con las autoridades de la ciudad, y varias veces solicitó audiencia con el nuncio para tratar el asunto. Al final logró imponerse. Mocenigo tuvo que devolver el manto que, dicho sea de paso, ahora le hubiera venido de maravilla, pues ha sido entregado y esta misma semana lo trasladarán a Roma.

Era cierto. Estaban a finales de enero.

LA ANCIANA INDIGNA

Mi abuela tenía setenta y dos años cuando falleció mi abuelo. Éste poseía un pequeño taller de litografía en un pueblo de Baden, y en él trabajó con dos o tres ayudantes hasta su muerte. Mi abuela atendía el hogar sin criada, cuidaba del viejo y destartalado caserón y cocinaba para los hombres y sus hijos.

Era una mujer pequeña y delgada, con un par de ojos vivarachos, de lagartija, pero de hablar muy lento. Con escasísimos medios había criado a cinco de los siete hijos que tuvo en total. Debido a ello se había ido consumiendo con los años.

Sus dos hijas mujeres emigraron a América, y dos de los hijos varones también se marcharon fuera. Sólo el menor, que era muy delicado de salud, se quedó en el pueblo. Llegó a ser impresor y tuvo una familia demasiado numerosa para él.

Mi abuela quedó, pues, sola en casa cuando falleció el abuelo. Los hijos comenzaron entonces a escribirse cartas para tratar de encontrar una solución. Uno se ofreció a llevársela consigo, y el impresor, por su parte, manifestó el deseo de mudarse con toda su familia a casa de la anciana. Mas la abuela rechazó las propuestas de sus hijos y sólo se declaró dispuesta a aceptar una pequeña asignación de

Hablar en tiempos oscuros aquellos que estuvieran en condiciones de ofrecérsela. La venta del viejo taller de litografía apenas había reportado nada, y quedaban, para colmo, deudas por saldar.

Los hijos escribieron a la anciana para explicarle que no podía vivir sola, pero como quiera que mi abuela persistiese en su actitud negativa, aquellos por fin cedieron y comenzaron a enviarle algún dinero todos los meses, como ella había solicitado. Después de todo, uno de ellos, el impresor, vivía en la misma ciudad. Y fue el impresor quien asumió la tarea de tener a sus hermanos al tanto del estado de salud y actividades de la anciana. Las cartas que envió a mi padre, y lo que mi progenitor logró también averiguar en una visita que hizo a la abuela y después de la muerte de la anciana, ocurrida dos años más tarde, me permitieron reconstruir lo acaecido durante aquellos dos años.

Parece ser que el impresor sufrió una gran decepción cuando mi abuela se negó a acogerle en el viejo caserón, que tan vacío se había quedado. Vivía mi tío con su mujer y sus cuatro hijos en una vivienda de tres habitaciones. La anciana mantenía lazos muy flojos con la familia del impresor. Invitaba a los niños a merendar los domingos por la tarde, eso era todo. Visitaba además a su hijo una o dos veces por trimestre, ocasiones en que ayudaba a su nuera a hacer compota de fresas. La joven dedujo de algunas de las exclamaciones de su suegra que ésta no se encontraba demasiado a gusto en la modesta vivienda del impresor, pues le resultaba demasiado estrecha. Mi tío no pudo menos de recalcar este hecho mediante signos de admiración en los informes que regularmente enviaba a sus hermanos. En respuesta a una carta de mi padre en la que éste le

preguntaba qué hacía la anciana para ocupar su tiempo, el impresor se limitó a informarle de que frecuentaba el cine.

Hay que comprender que aquello no era normal, por lo menos es lo que pensaban sus hijos. Hace treinta años, el cine no era lo que es hoy. Las películas se proyectaban en locales sucios, mal ventilados; con frecuencia se trataba de viejas boleras reconvertidas en salas cinematográficas. A la entrada se exhibían escandalosos carteles en los que se anunciaban delitos de sangre y crímenes pasionales. En realidad, entonces sólo iban al cine los adolescentes o, en busca de la oscuridad, las parejas. Una anciana que acudiese sola debía de llamar la atención

Pero aún había algo más que considerar en el hecho de ir al cine. Las entradas eran, sin duda, baratas, pero como tal placer se situaba aproximadamente por debajo de las golosinas, equivalía a «dinero tirado». Y tirar el dinero no era algo respetable.

A ello se sumaba el que mi abuela no sólo no mantenía un contacto regular con el hijo que vivía en su pueblo, sino que tampoco visitaba ni invitaba a ninguno de sus conocidos. Jamás acudía a las tertulias locales. En cambio iba muy asiduamente al taller de un zapatero remendón en una callejuela pobre y hasta un tanto desacreditada, en la cual, sobre todo por la tarde, circulaban personajes no muy respetables que digamos: camareras sin trabajo y menestrales ambulantes. El remendón era un hombre de mediana edad que había rodado medio mundo sin abrirse jamás camino. También decían que era dado a la bebida. En cualquier caso, no era una compañía idónea para mi abuela.

El impresor insinuó en una de sus cartas que se lo había comentado a la anciana, pero había recibido una respuesta

Hablar en tiempos oscuros francamente fría. «Es un hombre que ha visto mundo», fue la contestación que puso fin al diálogo. No era fácil discutir con mi abuela sobre temas que no le apetecía abordar.

Casi medio año después de la muerte del abuelo, el impresor escribió a mi padre que la abuela comía ahora un día sí y otro no en la fonda.

¡Vaya noticia! ¡La abuela, que durante toda su vida había cocinado para una docena de personas y había comido siempre las sobras, comía ahora en la fonda! ¿Qué mosca la había picado?

Poco después, mi padre hizo un viaje de negocios muy cerca del pueblo de mi abuela y fue a visitarla.

La encontró cuando se disponía a salir. Ella volvió a quitarse el sombrero y sirvió a su hijo un vaso de vino tinto y unas galletas. Parecía estar perfectamente ecuaníme, ni demasiado alegre ni demasiado taciturna. Preguntó por nosotros, aunque sin insistir mucho; quiso saber sobre todo si también había cerezas para los niños. En eso seguía siendo la misma. Su habitación se veía impecable, por supuesto, y ella misma tenía aspecto saludable.

El único detalle que aludía a su nueva vida fue que se negara a ir con mi padre al cementerio a visitar la tumba de su esposo. «Puedes ir solo», le dijo lacónicamente, «es la tercera de la izquierda en la fila doce. Yo tengo que hacer».

El impresor comentó más tarde que quizá tenía que ir a casa de su remendón. Se quejó amargamente.

«Yo vivo aquí, en este cuchitril, con mi familia, trabajo sólo cinco horas al día, y encima mal pagadas, y, para colmo, el asma vuelve a darme guerra y el caserón de la Hauptstrasse está vacío.»

Mi padre había alquilado una habitación en la hostería, esperando que, siquiera por simple cumplimiento, su madre lo invitaría a quedarse en la casa, pero ella ni mencionó el tema. ¡Y pensar que antes, aunque la casa estuviera llena de gente, la abuela siempre le había criticado que no viviera con ellos y encima gastara dinero en hoteles!

Pero ahora parecía haber roto definitivamente con su vida familiar para emprender nuevos rumbos, ahora que su existencia empezaba a declinar. Mi padre, que tenía una buena provisión de humor, la encontró «muy animada» y dijo a mi tío que dejara a la anciana hacer lo que le apeteciera.

Pero, ¿qué le apetecía?

La siguiente noticia que se tuvo de ella fue que había alquilado un *break* y se había ido de excursión un jueves cualquiera. Un *break* era un coche de caballos de grandes ruedas, con cabida para toda una familia. Muy ocasionalmente, cuando los nietos íbamos de visita, mi abuelo alquilaba un *break*. La abuela se quedaba siempre en casa. Rechazaba las invitaciones a pasear con un desdeñoso gesto de la mano.

Y tras lo del *break* vino el viaje a K., una ciudad más grande que, en ferrocarril, quedaba a unas dos horas del pueblo. Iban a celebrarse allí unas carreras de caballos, y a las carreras fue mi abuela.

El impresor estaba ya muy alarmado por entonces. Quería que la viese un médico. Mi padre meneó la cabeza al leer la carta, pero se opuso a la idea de llevarla a un médico.

La abuela no había viajado sola a K. Se había llevado consigo a una muchacha que, según escribió el impresor,

Hablar en tiempos oscuros era medio débil mental y trabajaba en la cocina de la fonda donde la anciana comía un día sí y otro no.

Aquella «subnormal» desempeñó a partir de entonces un papel en su vida.

La anciana parecía haberse encaprichado con ella. La llevaba al cine y a casa del remendón —que, por lo demás, resultó ser socialdemócrata—, y se rumoreaba que las dos mujeres se ponían a jugar a las cartas en la cocina, con un vaso de tinto por delante.

«Ahora le ha comprado a la subnormal un sombrero rematado por rosas», escribió un día el impresor, desesperado. «¡Y nuestra Anna no tiene vestidito de primera comunión!»

Las cartas de mi tío eran cada vez más histéricas; ya sólo hablaban del «indigno comportamiento de nuestra querida madre» y no decían nada más. El resto de la historia lo sé por mi padre.

El posadero le había susurrado con un guiño:

—A Frau B. le ha dado por divertirse, según dicen.

En realidad, mi abuela no vivió nada opulentamente esos últimos años. Cuando no iba a la fonda, su comida solía limitarse a un plato de huevos, un poco de café y, sobre todo, sus adoradas galletitas. Se agenciaba, en cambio, un vino tinto barato del que bebía un vasito con cada comida. Mantenía muy limpia toda la casa, y no sólo el dormitorio y la cocina, espacios que utilizaba normalmente. No obstante, sin que sus hijos se enterasen hipotecó el caserón. Nunca se supo qué hizo con el dinero.

Parece que se lo dio al remendón, quien a la muerte de mi abuela se trasladó a otra ciudad y, según dicen, abrió un negocio más grande de calzado a medida.

Bien mirado, la anciana vivió dos vidas sucesivas. Una de ellas, la primera, como hija, esposa y madre; y la segunda simplemente como Frau B., una persona sola, sin obligaciones y de recursos modestos, pero suficientes. La primera vida duró aproximadamente seis decenios; la segunda, no más de dos años.

Mi padre se enteró de que, en sus últimos seis meses de vida, la abuela se permitió ciertas libertades que la gente normal desconoce totalmente. Así, por ejemplo, en verano solía levantarse a las tres de la madrugada y dar un paseo por las desiertas calles del pueblo, que de esa forma tenía para ella sola. Y, según afirmaban todos, al párroco que fue a visitarla con el propósito de acompañar a la anciana en su soledad ¡ella lo invitó al cine!

No estaba en absoluto sola. Por casa del remendón circulaba al parecer gente muy alegre, que contaba toda suerte de historias. Ella siempre tenía allí una botella de su propio vino tinto y se bebía un vasito mientras los demás contaban cosas y arremetían contra las dignas autoridades locales. Aquel tinto le estaba reservado, aunque a veces traía bebidas más fuertes para los contertulios.

Murió repentinamente, una tarde de otoño, en su dormitorio, pero no en la cama, sino en su silla de madera, junto a la ventana. Había invitado a la «subnormal» al cine aquella noche, de suerte que la muchacha estaba a su lado cuando murió. Tenía setenta y cuatro años.

He visto una fotografía que le hicieron para sus hijos y la muestra en su lecho mortuario.

En ella se ve una carita menuda con muchas arrugas y una boca de labios finos, pero grande. Mucha pequeñez,

Hablar en tiempos oscuros
mas ninguna mezquindad. Había saboreado plenamente los
largos años de servidumbre y los breves años de libertad,
consumiendo el pan de la vida hasta las últimas migajas.

DE LA AMABILIDAD DEL MUNDO

1

A la Tierra barrida por el viento frío
llegasteis todos cual desnudo niño.
Yacíais temblando sin bienes algunos,
hasta que una mujer con un pañal os cubrió.

2

Nadie os gritó que no fuerais deseados
y tampoco en coche fuisteis recogidos.
Aquí en la Tierra desconocidos erais, cuando un
hombre de la mano os tomó.

3

De la Tierra barrida por el viento frío,
de pústulas y llagas cubiertos os vais.
Casi todos al mundo han amado,
si un puñado de tierra les dieron.

LOS DOS HIJOS

En enero de 1945, cuando la guerra de Hitler se acercaba ya a su fin, una campesina de Turingia soñó que su hijo la llamaba desde el campo y, al salir al patio ebria de sueño, creyó verlo junto a la bomba de agua bebiendo. Pero al dirigirle la palabra se dio cuenta de que era uno de los jóvenes prisioneros de guerra rusos que realizaban trabajos forzados en la granja. Unos días más tarde tuvo una experiencia muy extraña. Acababa de llevarles la comida a los prisioneros hasta un bosquecillo cercano, donde tenían que desenterrar tocones, cuando, ya de regreso, miró por sobre el hombro y vio al mismo joven prisionero —un ser de aspecto enfermizo— con la cara vuelta hacia la escudilla de sopa que alguien le alcanzaba en aquel momento, y ese rostro desilusionado se transformó de pronto en el de su propio hijo.

Durante los días siguientes se repitieron con más frecuencia esas visiones, en las que el rostro de aquel joven se convertía, repentina y fugazmente, en el de su hijo. Un día cayó enfermo el prisionero, que quedó tendido en el granero sin que nadie cuidara de él. Un impulso cada vez mayor de llevarle algo nutritivo se fue apoderando de la campesina, pero se lo impedía su hermano, un inválido de guerra que estaba a cargo de la granja y trataba rudamente a los prisioneros, especialmente en aquel momento en que todo empezaba a desmoronarse y la aldea comenzaba a sentir miedo de los prisioneros. La misma campesina no podía desoír

los argumentos de su hermano; no consideraba en absoluto justo ayudar a esos seres infrahumanos, sobre los que había oído decir cosas escalofriantes. Vivía angustiada por lo que el enemigo pudiera hacerle a su hijo, que se hallaba en el frente oriental. De modo que aún no había realizado su medio propósito de ayudar a aquel desamparado, cuando una noche sorprendió en el huertecillo nevado a un grupo de prisioneros discutiendo acaloradamente pese al intenso frío, pues sin duda habían elegido ese sitio para evitar que los descubrieran.

El muchacho también estaba presente, tiritando por la fiebre, y fue probablemente debido a su extrema debilidad que se asustó tanto al verla. Y en medio de su espanto volvió a producirse la extraña transformación de aquel rostro, de suerte que la granjera reconoció una vez más las facciones de su hijo, esta vez desencajadas por el miedo. Esto le dio mucho que pensar, y, aunque fiel a su deber informó puntualmente a su hermano sobre la discusión que había visto en el huertecillo, decidió, pese a todo, darle a escondidas al joven la corteza de tocino que ya le había preparado. Como tantas buenas acciones realizadas en el Tercer Reich, también ésta podía resultar sumamente difícil y peligrosa. En ella tenía a su propio hermano como enemigo, y tampoco podía estar segura de los prisioneros de guerra. Sin embargo, le salió bien. Y, de paso, descubrió que los rusos planeaban realmente darse a la fuga, pues a medida que avanzaba el ejército rojo, crecía diariamente el peligro de que los trasladaran más al oeste o simplemente los liquidaran. La granjera no pudo desatender ciertos deseos del joven prisionero —al que se sentía unida por su

Hablar en tiempos oscuros extraña experiencia—, deseos que éste le expuso valiéndose de gestos y de un alemán rudimentario, y acabó dejándose envolver poco a poco en los planes de fuga. Le proporcionó una chaqueta y una gran cizalla.

Curiosamente, a partir de entonces no volvió a producirse ningún tipo de transformación en el rostro del muchacho, y ella se limitó a ayudar al joven extranjero. Grande fue, pues, su sorpresa cuando una mañana de finales de febrero llamaron a la ventana y, en el crepúsculo matutino, pudo ver el rostro de su hijo a través del cristal. Esta vez sí que era su hijo. Llevaba el uniforme de las SS hecho jirones, su unidad había sido aniquilada, y, muy excitado, dijo que los rusos estaban sólo a unos cuantos kilómetros de la aldea. Sobre su regreso había que guardar el más absoluto secreto. En una especie de consejo de guerra celebrado entre la granjera, su hermano y su hijo en uno de los rincones del desván, decidieron deshacerse de los prisioneros de guerra, pues posiblemente hubieran visto al hombre con el uniforme de las SS y era previsible que hicieran alguna declaración sobre el trato recibido. Cerca de allí había una cantera. El hombre de las SS insistió en que esa misma noche deberían sacarlos uno a uno del granero y liquidarlos. Luego podrían arrojar los cadáveres en la cantera. Por la noche les ofrecerían varias raciones de aguardiente —cosa que, según el hermano, no les llamaría mucho la atención, pues tanto él como los peones de la granja se habían mostrado últimamente muy amables con los rusos—, para así predisponerlos en favor suyo al último momento. Mientras elaboraba su plan, el joven de las SS vio que, de pronto, su madre empezaba a temblar.

Los hombres decidieron entonces no dejarla acercarse más al granero. Y ella, muerta de miedo, se puso a esperar la noche. Los rusos aceptaron el aguardiente con aparente gratitud, y la mujer los oyó cantar, borrachos, sus melancólicas canciones. Pero cuando su hijo se dirigió al granero a eso de las once, los prisioneros habían desaparecido. Habían fingido su borrachera. Precisamente la forzada amabilidad de los habitantes de la granja los había convencido de que el ejército rojo debía de estar muy cerca. Cuando llegaron los rusos en la segunda mitad de la noche, el hijo yacía borracho en el desván, mientras la campesina, presa del pánico, intentaba quemar el uniforme de las SS. También su hermano se había emborrachado, de modo que ella misma tuvo que recibir y dar de comer a los soldados rusos. Lo hizo con cara de piedra. Los rusos partieron a la mañana siguiente; el ejército rojo proseguía su avance. El hijo, ojeroso, pidió entonces más aguardiente y expresó su firme intención de abrirse paso hasta los restos del ejército alemán, que ya se batía en retirada, a fin de seguir luchando. La campesina no intentó explicarle que seguir luchando equivalía a una muerte segura, sino que, desesperada, se tiró al suelo ante él y trató de retenerlo físicamente. Pero él la arrojó violentamente sobre la paja. Al incorporarse, la mujer sintió una vara en la mano y, tomando impulso, golpeó con ella al furibundo mozo, haciéndolo caer por tierra.

Esa misma mañana, una campesina detuvo su carreta de adrales frente a la comandancia rusa del villorrio más cercano y entregó a su hijo, atado con cuerdas de pies y manos, a fin de que, según intentó explicarle a un intérprete, salvara su vida como prisionero de guerra.

SOBRE EL POBRE B. B.

1

Yo, Bertolt Brecht, soy de los bosques negros.
Mi madre me llevó a las ciudades
estando todavía en su seno. Y el frío de los bosques me
acompañará hasta la muerte.

2

En la ciudad de asfalto estoy como en mi casa.

Desde

el principio

he sido provisto de todos los viáticos:
De periódicos. Y tabaco. Y aguardiente.
Desconfiado y haragán, me siento, al final, contento.

3

Soy amistoso con la gente. Me pongo
un sombrero según su costumbre.
Digo: son bestias de olor muy especial.
Y digo: no importa, también yo lo soy.

4

Por las mañanas en los sillones vacíos
siento un par de mujeres,

despreocupado las contemplo y les digo:
tienen a uno en el que no pueden confiar.

5

Al anoecer me reúno con los hombres.
Todos nos tratamos de *gentleman*.
Ellos ponen sus pies sobre las mesas.
Y dicen: Nos irá mejor. Y yo no pregunto:
«¿Cuándo?»

6

Temprano, en el gris amanecer, los abetos mean
y sus sabandijas, los pájaros, comienzan a chillar.
A esa hora bebo mi copa en la ciudad y tiro
el cabo del tabaco y me duermo intranquilo.

7

Nosotros, generación ligera, hemos vivido
en casas que se tenían por indestructibles.
(Así hemos construido los largos edificios de la isla
de Manhattan
y las delgadas antenas que atraviesan el Atlántico.)

8

De estas ciudades quedará: ¡sólo el viento que ha
cruzado por ellas!
Haga la casa feliz al que come él la vacía.

Sabemos que estamos de paso solamente
y después de nosotros: nada importante vendrá.

9

En los terremotos que se producirán espero no dejar que
la amargura apague mi tabaco Virginia.

Yo, Bertolt Brecht, arrojado a las ciudades de asfalto
desde los bosques negros, dentro de mi madre, hace
tiempo.

ELOGIO AL COMUNISMO

Es razonable, cualquiera lo entiende. Es fácil.
Tú no eres ningún explotador, puedes entenderlo.
Es bueno para ti. Averigua cómo es.
Los tontos lo llaman tonto y los sucios lo llaman
sucio.
Él está contra la suciedad y contra la tontería.
Los explotadores dicen que es un crimen.
Pero nosotros sabemos:
es el fin del crimen.
No es ninguna locura, sino
el fin de la locura.
No es el caos,
sino el orden.
Es lo sencillo,
que es lo difícil de hacer.

¿QUIÉN ES ENTONCES EL PARTIDO?

¿Quién es entonces el Partido?
¿Se sienta en una casa con teléfonos?
¿Son secretos sus pensamientos,
sus decisiones son desconocidas?
¿Quién es él?

Nosotros somos él.
Tú y yo y vosotros —todos nosotros.
En tu traje se esconde, compañero, y piensa
en tu cabeza.
Donde yo vivo, ésa es su casa, y donde tú
eres atacado, allí lucha él.

Muéstranos el camino que debemos seguir, y
nosotros
lo seguiremos como tú, pero
no tomes solo el camino correcto:
sin nosotros
es el más equivocado.

¡No te separes de nosotros!
Podemos equivocarnos, y tú puedes tener la razón,
pero ¡no te separes de nosotros!

Que el camino breve es mejor que el largo, nadie
lo niega,

pero si alguien lo conoce
y no es capaz de enseñárnoslo, ¿de qué nos sirve su
sabiduría?

¡Sé sabio junto a nosotros!

¡No te separes de nosotros!

ELOGIO A LA DIALÉCTICA

La injusticia se pasea confiada en nuestros días.
Los opresores se preparan para durar diez mil años. La
violencia asegura: todo seguirá como hasta
ahora.

No suena otra voz que no sea la de los explotadores. Y
la explotación chilla en los mercados: Ahora es
cuando empiezo.

Pero entre los oprimidos muchos dicen:
Jamás se logrará lo que queremos.

El que aún viva que no diga: ¡Jamás!
Lo seguro no es seguro.
No será siempre como hoy.
Cuando hayan hablado los opresores,
comenzarán a hablar los oprimidos.

¿Quién se atreve a decir «jamás»?
¿De quién depende que la opresión continúe?

De nosotros.
¿De quién depende que se rompa con ella?
De nosotros también.
¡El que haya sido derribado, que se yerga!
¡El que esté perdido, que combata!

Bertolt Brecht

¿Cómo se podrá detener al que entienda de verdad
lo que pasa?

¡Pues los vencidos de hoy son los vencedores de
mañana
y el jamás se convertirá en el hoy!

MI HERMANO EL AVIADOR

Mi hermano era aviador.
Un día recibió una tarjeta,
hizo su equipaje
y salió de viaje hacia el sur.

Mi hermano es un conquistador.
A nuestro pueblo le falta espacio
y obtener territorios ha sido
entre nosotros un viejo sueño.

El espacio que mi hermano conquistó
se encuentra en la Sierra de Guadarrama,
tiene un metro ochenta de largo
por un metro cincuenta de profundidad.

ENTRE LOS DE ARRIBA

Entre los de arriba
hablar de comida es considerado bajo.
Ésta es la razón: ellos
ya han comido.

Los de abajo tienen que abandonar la tierra
sin haber comido un poco
de buena carne.

Están demasiado cansados
para pensar de dónde vienen y
hacia dónde van
en las lindas noches.

Todavía no habrán visto
las montañas y el amplio mar
al cumplírseles su tiempo.

Cuando los de abajo
no piensan en los de abajo,
no suben.

PREGUNTAS DE UN OBRERO QUE LEE

¿Quién construyó Tebas, la de las Siete Puertas?
En los libros aparecen los nombres de los reyes.
¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?
Y Babilonia, destruida tantas veces,
¿quién la volvió siempre a construir? ¿En qué casas de la
dorada Lima vivían los constructores?
¿A dónde fueron los albañiles la noche en que fue
terminada la Muralla China? La gran Roma
está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los erigió?

¿Sobre quiénes
triunfaron los Césares? ¿Es que Bizancio, la tan cantada,
sólo tenía palacios para sus habitantes? Hasta en la
legendaria Atlántida,
la noche en que el mar se la tragaba, los que se hundían
gritaban llamando a sus esclavos.

El joven Alejandro conquistó la India.
¿Él solo?
César derrotó a los galos.
¿No llevaba siquiera cocinero?
Felipe de España lloró cuando su flota
fue hundida. ¿No lloró nadie más?
Federico II venció en la Guerra de los Siete Años
¿Quién
venció además de él?

Cada página una victoria.

¿Quién cocinó el banquete de la victoria?

Cada diez años un gran hombre.

¿Quién pagó los gastos?

Tantas historias.

Tantas preguntas.

HACE EL TÉ

Por las mañanas temprano leo en el periódico los magnos planes del papa y de los reyes, de los banqueros y de los barones del petróleo.

Con el otro ojo vigilo el jarro con agua para el té, cómo ésta se enturbia y comienza a hervir y se aclara nuevamente hasta que desborda el jarro y apaga el fuego.

Bertolt Brecht (Augsburg, 1898 - Berlín oriental, 1956)

Escritor alemán. Fue uno de los dramaturgos más destacados e innovadores del siglo XX. Comenzó en Munich sus estudios de Literatura y Filosofía en 1917, a los que añadiría posteriormente los de Medicina. Durante la Primera Guerra Mundial comenzó a escribir y publicar sus obras.

En 1926 comenzó su dedicación intensiva al marxismo y estableció un estrecho contacto con Karl Korsch y Walter Benjamin. Su “Dreigroschenoper” (ópera de cuatro cuartos, 1928) obtuvo en 1928 el mayor éxito conocido en la República de Weimar. En ese año 1928 se casó con la actriz Helene Weigel.

Será en 1930 cuando comience a tener más que contactos con el Partido Comunista Alemán. El 28 de febrero de 1933, un día después de la quema del Parlamento alemán, Brecht comenzó su camino hacia el exilio en Svendborg (Dinamarca). Tras una breve temporada en Austria, Suiza y Francia, marchó a Dinamarca, donde se estableció con su mujer y dos colaboradoras, Margarethe Steffin y Ruth Berlau. En 1935 viajó a Moscú, Nueva York y París, donde intervino en el Congreso de Escritores Antifascistas, suscitando una fuerte polémica.

En Berlín, junto con su esposa Helene Weigel, fundó en 1949 el conocido Berliner Ensemble, y se dedicó exclusivamente al teatro. Aunque siempre observó con escepticismo y duras críticas el proceso de restauración política de la República Federal, tuvo también serios conflictos con la cúpula política de la República Democrática.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- **Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- **El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- **Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- **Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- **Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- **San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- **La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- **Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- **Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- **La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- **Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- **Testimonios del 68.** Antología literaria.
- **De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- **Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- **Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.

- **La oveja negra**, de Armando Bartra.
- **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- **Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- **Con el puño en alto**, de Mario Gil, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- **Lee Mientras Viajas 1**. Antología literaria coeditada con ADO GL.
- **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- **Y si todo cambiara... Antología de Ciencia Ficción y Fantasía**.
- **Lee Mientras Viajas 2**. Antología literaria.
- **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- **Lee Mientras Viajas 3**. Antología literaria.
- **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- **El exilio rojo**. Antología literaria.

- **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
- **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
- **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
- **López Obrador: los comienzos** de Paco Ignacio Taibo II.
- **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
- **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
- **¿Por qué votar por AMLO?** de Guillermo Zamora.
- **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz-Polanco.
- **Las muertes de aurora**, de Gerardo de la Torre.
- **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco I. Taibo II.
- **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
- **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
- **Lee mientras viajas 4**. Antología literaria coeditada con ADO GL.
- **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
- **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.

Descarga todas nuestras publicaciones en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la ciudad de México en el
mes junio del año 2012.

El tiraje fue de 2,000 ejemplares para su distribución
gratuita y es cortesía de la Fundación Rosa
Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.